

esta jornada, quiso ceñir un nuevo laurel á su frente, y pocos días después salió con trescientos hombres para el pueblo de Zitnup, donde se creía que tenían su cuartel general los sublevados. Encontró el camino obstruido con trincheras y defendido con gran número de emboscadas; pero supo triunfar con su valor y aplomo de todos estos obstáculos, y al fin llegó hasta la plaza misma del pueblo, el cual había sido ya abandonado por el enemigo. Sólo encontró en la sacristía al cura Villamil, que un mes antes había sido hecho prisionero en Uayma, y el cual había perdido á la sazón el juicio. Rivero mandó preparar en el acto una camilla para conducir á Valladolid al anciano sacerdote; pero durante estos preparativos, los indios se presentaron súbitamente y cercaron la población, arrojando gritos de amenaza. La fuerza expedicionaria se defendió con heroísmo; pero temiendo que la noche le sorprendiese en Zitnup ó en el tránsito, hizo un esfuerzo para romper el sitio y dirigirse á su campamento. Consiguió en parte su objeto, saliendo en buen orden al camino; pero entonces se vió asediada de tal manera por las emboscadas y por las nubes de indios que la perseguían, que al fin perdió su serenidad, comenzando la dispersión por la retaguardia. Entonces cada jefe ó soldado procuró tomar aisladamente ó en pequeños grupos la dirección de Valladolid, y á la caída de la tarde comenzaron á entrar los primeros, rendidos de hambre y de fatiga. Muchos no tuvieron, sin embargo, esta dicha, porque quedaron en el tránsito, anegados en su propia sangre.

La honda impresión que este desastre produjo en la ciudad, hizo nacer el deseo de vengarlo al día siguiente. Desgraciadamente, como no se había disipado aún la confianza que infundió en nuestras tropas el triunfo de Chichimilá, no se tomaron las precauciones necesarias para ponerse al abrigo de una nueva derrota. Se creyó que una columna de trescientos hombres sería suficiente para batir el cuar-

tel general de los sublevados, y el comandante D. Miguel Bolio, que fué el autor del proyecto, se puso al frente de ellos y emprendió su marcha para Zitnup, llevando consigo á los oficiales que más se habían acreditado en la campaña. La fuerza expedicionaria recibió una impresión desagradable en el camino, con el espectáculo de los cadáveres que desde el día anterior habían quedado diseminados en el campo, y entre los cuales se hallaba el del cura Villamil, colgado de un árbol. Los indios se presentaron á disputar el paso, aunque con tan poco empeño, que la expedición llegó á Zitnup y se apoderó de la plaza sin haber experimentado pérdida ninguna.

Don Miguel Bolio, que ya conocía bien á los bárbaros, no se dejó engañar con esta aparente negligencia, y se ocupaba ya de hacer levantar algunas trincheras, cuando masas numerosas de indios invadieron la población, obstruyendo todas las salidas. Aquel jefe se vió en la necesidad de reducirse al atrio, al cual mandó que se replegasen también las guerrillas que se habían desprendido del cuerpo principal para observar al enemigo. Practicóse este movimiento entre el estruendo del combate, que ya se había empeñado con ardor, y entre el humo producido por las casas que estaban incendiando los indios. Hubo, sin embargo, una guerrilla que no pudo replegarse, á causa de que toda pereció combatiendo en el lugar que se le había designado.

La posición que ocupaba la fuerza expedicionaria se hizo muy pronto insostenible. Agobiada ésta por el hambre, la sed y el ardor del sol, y pudiendo apenas respirar por las nubes de humo en que se hallaba envuelta, no tenía en realidad otro medio posible de salvación que la retirada. El coronel Bolio se determinó á emprenderla después de las doce del día, y puso una guerrilla á las órdenes del teniente D. Joaquín Mézquita para que forzara una trinchera y quedara así libre el camino de Valladolid. Pero la guerrilla abandonó á su jefe á la mitad del camino, y éste



se vió precisado á guarecerse de las cercas de un solar, aunque después hubo de salir para recoger y conducir al atrio el cadáver del generoso oficial D. Pedro Agustín Cámara, que había salido á defenderle.

Malgrado este movimiento, D. Miguel Bolio se determinó á romper el sitio con toda su fuerza; pero cuando estaba todavía organizando su vanguardia, los indios se arrojaron sobre el atrio, y entonces sobrevino un desorden espantoso. Oficiales y soldados se precipitaron á la plaza, con el ánimo de forzar las trincheras enemigas y abrirse paso como pudieran hacia el camino de Valladolid. Solamente el comandante Bolio, cuyo traje llamó la atención de los indios, se vió obligado á quedarse para defenderse de la turba que le rodeaba, y murió combatiendo como un héroe en aquella sangrienta jornada. El resto de la expedición, que pudo abrirse paso á sangre y fuego por las avenidas de la plaza, llegó á los suburbios de Valladolid á la caída de la tarde, combatiendo todavía con los indios que se empeñaban en su persecución. Un jefe, ocho oficiales (9) y cincuenta ó sesenta soldados fueron las pérdidas que experimentaron nuestras tropas en aquella funesta y memorable jornada.

Las dos derrotas de Ditnup inspiraron tal desaliento en los defensores de Valladolid, que el coronel León se creyó obligado á convocar una junta de guerra con el objeto de tomar una resolución que pusiese fin á la ansiedad general. Esta junta se reunió el 1.º de marzo, y en ella se acordó desocupar la plaza si dentro de un término, que también se fijó, no recibía ningún auxilio exterior (10). También se acordó que las familias comenzasen á evacuar la ciudad,

(9) Contábanse entre éstos D. Antonio Fernández Montilla, D. Francisco Oviedo (hijo), D. Juan Rosado Sierra, D. Saturnino Marín y D. José Alcocer Villanueva (BAQUEIRO, *Ensayo histórico*).

(10) Periódico oficial, número 28.

y dos ó tres días después salieron las primeras, custodiadas por unos cien hombres y dos piezas de artillería, que fueron puestas á las órdenes del coronel Rivero. Llegaron todas sin ningún contratiempo á Izamal, y la fuerza que las condujo regresó entonces á la ciudad sitiada, habiendo tenido necesidad de batirse desde Uayma hasta más allá de Pixoy.

Un suceso que acaeció el día 10, y en el que hubo seguramente más imprudencia y ligereza que en las dos expediciones á Ditnup, vino á poner el colmo á la situación desesperada que guardaba Valladolid. Un jefe indio, llamado Miguel Huchim, escribió una carta al coronel Rivero, manifestándole que deseaba tener una conferencia con él y con el vicario Sierra, para hablar sobre la misión que estaba desempeñando en el Sur D. Miguel Barbachano. Rivero y Sierra no tuvieron ningún embarazo en acceder á los deseos de aquel capitancillo, y al día siguiente se dirigieron al lugar de la cita, que era un paraje denominado Halal, situado en uno de los cabos de la ciudad. Varios oficiales y tres eclesiásticos quisieron acompañarlos, y habiendo tomado la delantera el vicario Sierra, salió de la línea y avanzó hasta la mitad de la distancia que la separaba de Halal. Allí se detuvo con el objeto acaso de reflexionar; pero habiendo salido los indios á llamarle, el sacerdote continuó su marcha, y le siguieron entonces todos los demás.

Los bárbaros recibieron con aparente cordialidad á sus huéspedes; pero habiendo manifestado éstos que la confianza no era recíproca, puesto que aquéllos no iban nunca á la plaza, veinticinco indios se ofrecieron á ir inmediatamente, como en efecto se fueron, con el objeto de traer aguardiente para una fiesta ó solemnidad que decían estar preparando. Muy poco tiempo duró la confianza que este acto inspiró al coronel Rivero y sus compañeros, porque no tardaron en saber que estaban prisioneros, lo cual con-



firmó después el mismo Huchim, presentándose en persona á las víctimas de su perfidia. Como si esto no hubiese sido bastante, el primer ayudante D. Francisco Oviedo, que se presentó en seguida, acompañando á los indios que habían ido por el aguardiente, también fué declarado prisionero. Militares y eclesiásticos comprendieron entonces, aunque demasiado tarde, que habían cometido una imprudencia, y un triste presentimiento se apoderó de todos, cuando en la tarde del mismo día fueron sacados de Halal, custodiados por una escolta numerosa. El día 12 fueron presentados en Dituñ á Cecilio Chi y otros jefes, quienes mandaron encerrar á los militares en la única pieza que tenía el convento y dejaron en libertad á los clérigos de hospedarse donde quisieran. Aquel encierro terminó de una manera trágica en la mañana del 14, en que unos indios venidos de Muchucux sacaron á la plaza á todos los cautivos que tenían carácter militar, y allí los asesinaron fría é inhumanamente (11).

Este golpe acabó de desconcertar á los defensores de Valladolid, y D. Agustín León fijó definitivamente el día 14 de marzo para verificar la desocupación, acordada en una nueva junta de guerra. Pero para que se llevase á cabo esta resolución respecto de una ciudad que contenía por aquella época más de diez mil habitantes, aumentados con los que habían emigrado de las poblaciones inmediatas, era necesario tomar un gran número de precauciones para que la retirada no degenerase en un desorden que pudiera aprovechar al enemigo. Tomáronse, en efecto, con la anticipación necesaria; pero la fatalidad, que parecía haberse ensañado contra la raza civilizada del país, y el pánico que se había apoderado de todos los ánimos, hicieron que fracasasen en parte. Veamos cómo se verificó este suceso, uno de los más importantes de aquella época infortunada.

(11) BAQUEIRO, *Ensayo histórico*, tomo I, capítulo IX.

Al rayar el alba del día designado, una columna de quinientos hombres, puesta á las órdenes del coronel D. Pastor Gamboa y precedida de dos piezas de artillería, se arrojó sobre las fortificaciones que tenían los indios por el rumbo de Popolá, con el objeto de que quedase libre el camino de Espita, por el cual debía verificarse la retirada. Vivo é impetuoso fué el ataque de Gamboa, y habiendo desalojado á los bárbaros de sus posiciones, comenzaron á desfilar por el mismo camino los carruajes que conducían á los heridos, los que se habían proporcionado algunas personas acomodadas y, en fin, los carros que iban cargados con los pertrechos de guerra y los pocos objetos que se había permitido sacar á las familias. Tras de este convoy, que ocupaba un larguísimo trecho, se puso en marcha otra columna de quinientos hombres, puesta á las órdenes del teniente coronel D. Cristóbal Trujillo, que formaba el centro de la fuerza. Venía en seguida la inmensa muchedumbre de los habitantes de la ciudad, incapaces de tomar las armas, que formaban un conjunto desordenado y que movían á compasión con sus lágrimas y sus gritos. Debían cerrar esta marcha trescientos hombres con dos piezas de artillería, cuyo mando se había reservado el coronel León, y además las fuerzas de los campamentos de San Juan y Santa Ana, que habían de ser las últimas en abandonar sus posiciones.

Pero hacia las siete de la mañana, en los momentos en que D. Agustín León se impacientaba porque aun no acababa de salir de la línea la extensa procesión de las familias, los indios aparecieron súbitamente por el barrio de Sisal, y en seguida se precipitaron al centro de la ciudad, incendiando las casas de su tránsito. El Sr. León, que permanecía con su fuerza á inmediaciones de la plaza, en el camino de Mérida, mandó hacer fuego sobre estas chusmas, con el objeto de contenerlas y dar tiempo á que las familias acabasen de salir de la línea. Pero no habiéndolo



podido conseguir, á causa de que los indios continuaban avanzando á pesar de los estragos que hacía en sus filas la artillería, aquel jefe se determinó al fin á emprender su retirada, siguiéndole poco después las tropas de los campamentos de San Juan y Santa Ana. Cuando estas últimas llegaron á la plaza, ya los indios la habían invadido, y aunque algunas atravesaron valerosamente entre el enemigo, conducidas por su comandante D. Angel Rosado, otras tomaron direcciones distintas, á causa de que las ofendían los fuegos de D. Agustín León.

Entretanto los bárbaros, que parecían brotar á millares de todas partes, se habían precipitado también sobre la inmensa y heterogénea columna que avanzaba pesadamente por el camino de Espita. Entonces sobrevino un desorden y una carnicería que la pluma se resiste á describir. Soldados, mujeres y niños caían bañados en su sangre, y los gritos, los gemidos y las maldiciones que se escapaban de los labios de las víctimas se confundían con los alaridos de triunfo en que prorrumpía el salvaje. El desorden fué todavía más espantoso al llegar al pequeño pueblo de Popolá; porque habiéndole atacado los indios por distintas direcciones, y no teniendo la capacidad suficiente para contener á los mil quinientos hombres de la guarnición, á los diez mil emigrados y á los caballos y carros en que venían los heridos, el parque, el equipaje de la tropa y otros muchos objetos, todo esto se aglomeró en confuso tropel en la plaza y calles adyacentes, entre el fragor del combate que había vuelto á empeñarse con más vehemencia que nunca. Entonces las mismas tropas comenzaron á desmoralizarse, y fueron inútiles los esfuerzos que se hicieron para conservar en todas la disciplina; la artillería, los carros y los caballos fueron abandonados; el parque fué incendiado para que no cayese en poder del enemigo, y soldados y familias volvieron á emprender como les fué posible, y en un desorden siempre creciente, el camino de Es-

pita. Algunas de éstas prefirieron internarse en el bosque, arrastrando en pos de sí á los niños de corta edad, con la esperanza de que huyendo aisladamente ó en grupos pequeños podrían escapar mejor á la saña del salvaje.

En la mañana del día 15 comenzaron á presentarse en Espita las primeras familias, acompañadas de algunos soldados, habiéndolas seguido poco después las que tuvieron la dicha de conservar la vida en aquella retirada memorable. El último que se presentó fué el coronel León, quien había logrado conservar organizadas algunas fuerzas, con las cuales había venido defendiendo la retaguardia de los emigrados. Entonces intentó defenderse en aquella villa, haciendo salir previamente á las familias; pero era tal el pánico que se había apoderado de todos los ánimos, que á la simple noticia de que los indios se aproximaban, militares, mujeres y niños tomaron precipitadamente el camino de Buctotz y no se detuvieron hasta Temax. Aquí D. Agustín León quiso armarse de firmeza, dando orden á la tropa de que marchase á Izamal; pero el batallón Libertad, compuesto de campechanos, se sublevó en los momentos en que se hallaba en formación en la plaza, pidiendo á gritos volver á Campeche. Aquel jefe no pudo reprimir la sublevación, y entonces emprendió su marcha para la capital del Estado, adonde llegó el día 23 con el resto de la fuerza y los emigrados que habían podido sobrellevar los infortunios de tan larga peregrinación (12).

La pérdida de Valladolid trajo consigo la de las demás poblaciones situadas en la región del Oriente. Unas fueron atacadas por los indios y otras abandonadas previamente por sus moradores. De éstos, unos se incorporaron á la masa de los emigrados vallisoletanos, y otros se retiraron

(12) Todos los pormenores relativos á las dos acciones de Dzitnup y á la desocupación de Valladolid, constan en parte de las relaciones del periódico oficial y en parte del *Ensayo histórico*, del Sr. BAQUEIRO, quien tomó las noticias que consigna de testigos presenciales.



hacia la costa. Solamente la villa de Tizimín intentó defenderse por algunos días; pero comprendiendo al fin sus habitantes el grave riesgo á que se exponían, también tomaron la resolución de huir, dirigiéndose á Río Lagartos bajo la salvaguardia de una fuerza que había organizado el valiente capitán D. Sebastián Molas. Todos estos emigrados de la costa hubieran sido tarde ó temprano víctimas de los salvajes, á no haberlos recogido y conducido á lugar seguro algunas embarcaciones venidas de Campeche y de la Habana. El capitán Molas no los desamparó hasta que se hubo embarcado el último, y entonces se dirigió con su fuerza hacia el interior de la Península, donde, como vamos á ver en seguida, los indios continuaban devastando pueblos y haciendas, avanzando siempre hacia la capital.

## CAPÍTULO VII

1848

Situación angustiosa de la Península.—Auxilios inesperados que se reciben de las autoridades de la isla de Cuba.—No bastan para afrontar la situación.—Gestiones de Barbachano y del cura Vela para celebrar un arreglo con los bárbaros.—Se promete en un decreto la abolición de la contribución personal.—Se ofrece el dominio y soberanía del Estado á la nación que quiera auxiliarlo.—Méndez nombra gobernador á Barbachano.—Entrevista del cura Vela con Jacinto Pat en Tzucacab.—Tratados que acuerdan.—Desocupación de Tekax.—Aprueba el gobierno los convenios celebrados por la Comisión eclesiástica.—Efecto que causan en Ceéilio Chi.—Humillación que impone al caudillo del Sur.—Incendio de Maní.—Quedan rotos de hecho los tratados.

Á medida que los indios avanzaban hacia la capital del Estado, el terror se iba apoderando de todos los ánimos, y ya no sólo corrían á buscar un refugio en Mérida y Campeche los habitantes del interior, sino que muchos se apresuraban á malvender sus bienes para emigrar á países extranjeros. Comenzaba á desesperarse de la salvación de la Península, y creyendo que sólo el cielo podía librarla de caer en las garras de la barbarie, se hacían oraciones públicas para implorar su protección. En Mérida los vecinos principales hicieron un novenario solemne al cristo de las Ampollas, y en Campeche el mismo jefe político y demás autoridades dispusieron otra fiesta religiosa en honor de San Román.

El gobierno hacía entretanto esfuerzos poderosos para